

mo tiempo que observaba á la joven, exclamó:

—Tenéis razón. ¡Bonita, pero muy bonita, preciosa, magnífica!

—¿Es esa vuestra opinión?

—Es una maravilla.

¿Notó la joven que la examinaban desde lejos?

¿Vió á los curiosos inclinados en las ventanas del comedor dirigir sus miradas á ella?

Sin duda, porque inclinó la cabeza y se internó en la espesura, de donde volvió á salir acompañada del heredero de los Chavarux.

Casi en seguida los huéspedes salieron á su vez al parque con el cigarro en la boca.

Debían ser próximamente las tres.

El tiempo estaba hermoso, aunque ligeramente cubierto.

Raimundo se paseaba al lado de Saint-Aubin.

—Querido mío, ¿os he engañado?—le preguntó.

—¿Cómo?

—¿Vale la vueltecita por Auvernia?

—¡Pestes! ¡Toda una estación me pasaria yo á su lado!

Pero estaba muy absorto y no pensaba ni en lo que le preguntaban ni lo comprendía.

Una nueva preocupación se unia á la que ya tenía cuando llegó á Aubignac.

Se decía:

—¿Dónde he visto yo una cabeza como esa?

Y era en vano que diera vueltas á su imaginación.

Sin embargo, tenía la completa seguridad de haber visto unos rasgos exactamente semejantes.

Un rostro de admirable parecido con Aurora Milton.

Sí; habia en Paris una mujer que le recordaba el rostro de aquella joven, lo mismo que un retrato evoca el recuerdo del modelo.

Pero por más que hizo, no logró reunir sus recuerdos.

Hasta tal punto, que cuando aquella tarde se dirigia en coche á Vichy para tomar el tren de Paris, se decia aun con la obstinación que se emplea en resolver un problema difícil:

—Si; yo he visto una cabeza semejante, ¿pero dónde?

VII

Las consecuencias de una falta.

*Elena de Solmes á la señorita Aurora Milton
en el castillo de Aubignac.*

La Sauvetière 5 de julio.

«Mi querida Aurora:

»¡Es un hecho! ¡Estoy perdida!

»¡El rayo ha caído sobre mi pobre padre y sobre mí!

»Ayer fuí, como lo hago casi todos los días, al pabelloncito que conoces, esperando encontrar allí una carta del señor Danglas.

»Después de su marcha á Paris me había sumido en una angustia sin límites.

»Me he acordado de las reticencias que me hiciste después de sus declaraciones, cuando temblabas por mí y tenías dudas sobre la sinceridad de mi amante.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE LETRAS
Apto. 1622

- »¡Mi amante!
- »¡Ay! El señor Danglas lo era desde hacía cerca de tres meses el día en que me decidí á confesarle mi falta.
- »Y, para decírtelo todo, yo no tenía completa fe en sus promesas.
- »Sobre todo en los últimos días de tu visita en que me parecía que se había operado en él un cambio amenazador para mí porvenir.
- »Su voz tenía un acento falso cuando me renovaba sus promesas; sus frases me parecían ambiguas; ¡había en él un malestar que no podía escapárseme!
- »¡Quería, sin embargo, esperar! ¡Aun me forzaba en pensar que un hombre no puede ser embustero hasta tal punto!... ¡Que no puede mentir con tanta impudencia!... ¡Que no puede hacer juramentos para no cumplirlos!...
- »¡Era una ilusión que quería conservar!...
- »¡Ya no me está permitida!
- »Mi querida Aurora, mi desgracia es mayor de lo que te puedes imaginar.
- »Hé aquí lo que ha ocurrido.
- »Eran próximamente las tres de la tarde.
- »Mi padre, más sombrío y más taciturno que nunca, me anunciaba después del almuerzo, durante el cual no habíamos cambiado dos palabras, que tenía que hacer una visita en estas cercanías.
- »Y se marchó sin decirme que le acompañara.
- »Le ví dirigirse á los prados, hacia la capilla de los Monges, y desaparecer.
- »El cielo estaba cubierto. Se preparaba una tormenta, pero á lo lejos, y nada anunciaba que pudiese venir á la Sauvetière.

- »Un calor pesado se dejaba caer sobre las plantas y sobre nosotros.
- »Estaba tristísima y llena de no sé qué aprensiones ó más bien llena de un verdadero terror ó más bien de un desastre que me fuese á aplastar.
- »Subí por los senderos del parque hasta nuestro pabellón.
- »Cuando entré me dirigí hacia el escondite en el que depositábamos nuestra correspondencia. No había nada.
- »Entonces me tendí en el diván que conoces y me quedé medio dormida.
- »¡Cuánto tiempo permanecí de este modo?
- »No lo sé.
- »Pero bruscamente me desperté.
- »Un hombre se hallaba delante de mí.
- »Era Marcelo.
- »Ahogué un grito de alegría y le tendía la mano, cuando ví que permaneció inmóvil.
- »Noté en él una frialdad que me heló.
- »Trató de sonreírse, sin lograrlo, y cogiéndome por el brazo, me llevó hacia el diván, diciendo:
- »—Sentáos aquí, tengo muchas cosas que explicaros.
- »Toda la sangre afluyó á mi corazón.
- »Lo que me iba á decir me pareció haberlo comprendido antes de que abriese la boca.
- »Sin embargo, traté de dudar aún.
- »Después de tantas protestas y de tantos juramentos, una traición era odiosa.
- »Empezó, después de titubear algunos minutos:
- »—Hubiera podido escribiros... No he querido... Es preciso que os explique...

- »—¿Qué?
- »Y al ver que se callaba exclamé:
- »—¡Ah! ¡No me amáis ya... ó mejor dicho no me habéis amado nunca!
- »Entonces apareció aquella sonrisa que inútilmente había llamado momentos antes á sus labios.
- »Leí claramente en su rostro la satisfacción que experimentaba al ver que su confesión era ya inútil.
- »Acababa de evitarle una vergüenza.
- »—Elena—dijo,—os equivocáis... No os he amado nunca tanto como ahora... ¡Os adoro! No conocía nada tan encantador ni tan dulce como vos.
- »—Pero no os casaréis conmigo—le dije bruscamente,—y os casáis con otra.
- »Se quedó cortado y mudo.
- »Yo añadí con violencia:
- »—¿Para qué tantas precauciones y rodeos? Me vais á decir que os veis obligado á obedecer á vuestro padre... que os imponen la boda de que me habéis hablado con Marta Virieux?
- »Balbució algunas palabras incomprensibles.
- »—Tened siquiera el valor de vuestra cobardía—le dije.
- »Y sacudiéndole el brazo en un acceso de cólera, repetía:
- »—¡Sí, dilo, dilo!
- »El murmuró, pero bastante fuerte para poder ser oído:
- »—Es verdad.
- »Mi cólera se calmó de repente.
- »Me dejé caer en el diván y oculté el rostro entre ambas manos.

- »Pero no lloraba.
- »Sólo me pareció que en mí se había roto algo, que la vida se me iba, ó más bién, que se acababa como si hubiese sido precipitada en un abismo sin fondo.
- »Después noté que me tocaba en la espalda y me decía al oído:
- »—¿Por qué no me has dejado acabar? ¿Por qué no quieres oirme? Es preciso que sepas que no te abandono, que te amo con más ardor, que no amo á nadie más que á tí.
- »Yo me levanté.
- »—Y sin embargo, lo que acabo de deciros es cierto... ¿Os casareis con Marta Virieux? —le pregunté mirándole fijamente.
- »—Me casaré con ella.
- »—¿Y decís que me amais?
- »—Te adoro.
- »Yo murmuré:
- »—No comprendo...
- »El había recobrado su aplomo.
- »—Es porque no conocéis el mundo tal cual es... Escúchame.
- »Se pasó el pañuelo por los labios, con la afectación de un orador que va á empezar un discurso, y prosiguió:
- »—En nuestros tiempos es preciso ser rico, ó no se existe, ó no es uno nada. Hasta el mismo talento, si no proporciona fortuna, no tiene un valor real.
- »Yo soy pobre y Marta Virieux es rica. Aquí van á parar vuestras conclusiones. ¿No es cierto?
- «—La señorita Virieux es millonaria. Tiene un millón quinientos mil francos de dote.
- »El desprecio debió sin duda contraer mi

rostro y el debió verlo porque extendió la mano para suplicarme que esperase el fin de sus explicaciones.

Yo guardé silencio y el continuó:

»—Sin duda yo tendría bienes para vivir en Provincias. Sin embargo, con la baja de las tierras y los impuestos que van aumentando cada día, lo que mis padres poseen se ha reducido á la mitad... Yo me resignaría á todo por no separarme de tí; pero mi padre es ambicioso y se muestra inflexible...

»—¿Conoce nuestro amor?

»No; pero me ha impuesto condiciones. O me caso con Marta Virieux, y entonces tendré el nombramiento de Juez en París; pero solo como debut y por algún tiempo. Nos han prometido que ascenderé rápidamente. Los Virieux gozan de una influencia enorme. Ellos son los que en este país hacen las elecciones de diputados y senadores. Mi padre tiene amistad con ellos. La fortuna le hipnotiza. O si me niego me retira el dinero que me da y me verá obligado á buscar un oficio cualquiera...

»—En ese caso no debéis titubear. La elección no es dudosa.

»No comprendió la ironía que encerraban mis palabras ó quiso llevar su cinismo hasta el fin porque contestó:

»—¿Hubierais titubeado vos en mi lugar?

»Yo al principio no contesté.

»Estaba horrorizada. Una lágrima de despecho brotó de mis ojos.

»—¿Y es en el momento que quería anunciaros una noticia que me desespera cuando tenéis el valor de hablarme de ese modo?— le dije al fin.

»—¿Qué noticia?

»—¿No comprendéis?...

»Cambió súbitamente de tono.

»Tuve la creencia de que había venido á representar un papel y que había venido á someterme á una prueba.

»Se dejó caer de rodillas á mis piés, y con voz vibrante me dijo:

»—Te amo; no te abandonaré nunca... No podré vivir sin tí. Pero solos, sin fortuna, ¿qué sería de nosotros? Vos estais arruinada por completo, lo sé. Dentro de algunos días os vereis obligada á abandonar esta finca, la única que aún os queda. Yo conozco á mi padre. Su avaricia no tiene límites. Si le revelo mi amor pondrá sus amenazas en ejecución. Tiene aterrorizada á mi madre, que se doblega ante él y que no tiene ninguna autoridad en la casa. Estaremos, pues, obligados á vivir en una miseria, de la cual nos sería imposible salir. Pero, por el contrario, casándome con la señorita Virieux todo cambia... Su dote, colocada en la casa de banca de su padre, producirá rentas magníficas... ¡Ya en París, y dueño de una honrosa posición, te ocultaré en un bonito retiro!... ¡Tú serás el amor, sí; la otra es la fortuna!... Te colmaré de atenciones, de bienestar y de ternura... ¿Me comprendes al fin?

»Mi cabeza cayó sobre mi pecho y permanecí inmóvil.

»Debía parecerme á una estatua.

»Mi cerebro abrasaba, pero al mismo tiempo sentía un frío mortal como si un bloque de hielo me hubiese caído en el corazón.

»Sí lo comprendía bien, y me extrañaba de que un hombre fuese capaz de llegar

hasta un grado tal de bajeza y de ignominia.

»Me avergonzaba, sobre todo, por haberme envilecido hasta el punto de haber llegado á ser la querida de un ser tan bajo y tan despreciable.

»Tuve la fuerza de ocultar la gran desesperación que me invadía.

»—¿Cuándo se efectuará vuestra boda?—le pregunté con voz segura.

»—Dentro de un mes, próximamente. Mi padre quiere que para entonces todo esté terminado.

»—Hace bien. ¿Y después?...

»—Después haré un viaje de quince días ó tres semanas... A Suiza probablemente.

»—¿Después?...

»—Me entregarán el nombramiento en el momento de firmar el contrato...

»—¿Toma y daca?

»Me miró con cierta sorpresa.

»—Sin duda... Esta boda no es más que un negocio... ¿No te lo he dicho ya?

»—¿Y nosotros?...

»—Nosotros nos encontraremos en París en el nido que yo te habré escogido...

»No tuve el valor de seguir fingiendo.

»Estallé de repente.

»—¿Y habéis creído—exclamé—que yo tendré la cobardía de aceptar semejantes proposiciones, de rebajarme al papel de querida sostenida por vos, no con vuestro dinero, sino con el de la señorita Marta Virieux, vuestra mujer? ¿No habéis dudado ni un momento de mi consentimiento? ¿Por quién me tomáis y qué clase de hombre sois?

»El se levantó lentamente.

»—Un hombre como los demás,—dijo cambiando de expresión.

»—Os equivocais, señor Danglas. El recuerdo de mi padre me detendría, si no tuviera más razón que esa para no volveros á ver.

»—¿Cuál?

»—El horror que me inspirais con vuestras mentiras. ¡Abandonadme en mi desgracia, marcháos para siempre!... He merecido lo que me ocurre y no me quejo... ¡He caído cobardemente!...

»Tuvo la insolencia de decirme:

»—¡Es posible!

»Yo añadí:

»—Y estúpido. Soportaré la pena por cruel que sea... ¡Adiós!

»Sin duda tuvo algún remordimiento.

»—¡Elenal—dijo con acento suplicante.

»Yo moví la cabeza con un desdén que le irritó.

«—¿Cómo queráis!—murmuró.—¿Pero qué será de vos?

»Hice un gesto de incertidumbre.

»—Lo que Dios quiera.

»—¡Os espera la miseria!

»—¡Con vuestro hijo, su madre no le abandonará!

»Le repetí por segunda vez:

»—¡Adiós!

»Desde hacía mucho tiempo había tomado su partido.

»—Adiós, pues—dijo.

»Y se dirigió hacia la puerta.

»Aquella marcha era el final de una lamentable aventura, el deshonor y la pobreza para

mi hijo y para mí, una vida de dolor, de vergüenza y de privaciones.

»Y sin embargo le veía alejarse sin pesar.

»Su infamia había matado en mí, de repente, un amor nacido del aburrimiento, del aislamiento en que vivía en la Sauvetiere.

»En el momento de salir retrocedió...

»Le ví distintamente palidecer y temblar.

»Un hombre le cerraba el paso. Era mi padre.

»Tenía el aspecto de un espectro, de tan lívido como estaba.

»Tenía en la mano derecha una de esas pistolas antiguas de dos tiros, de bastante calibre, que yo conocía perfectamente por haberla visto toda la vida colgada á la cabecera de su cama.

«¿Scís el Sr. Danglas, sino me equivoco?—dijo friamente.

»Marcelo no tuvo fuerza para contestar.

»Se inclinó.

»Mi padre añadió con cortesía, como si la situación hubiese sido de las más sencillas:

»—¿El hijo del presidente?

»Marcelo se inclinó de nuevo.

»—Pues bien, Sr. Danglas—prosiguió mi padre,—debo deciros que una explicación entre nosotros sería superflua. Lo he oído todo.

»Señaló á una ventana en la cual faltaban la mitad de los cristales y debajo de la cual estaba colocado el diván, y dijo:

»—¡Estaba ahí!

»Y añadió con la misma calma:

»—Hace ya tiempo que tenía sospechas... Se cambiaron en certidumbre en el momento de vuestra marcha á París... Conozco á los Dan-

glas... Una aventura como esta no tiene más final que el que vos le dáis. Estáis en vuestro derecho. El mío, el mataros... Y debía...

»Marcelo Danglas buscaba una salida.

»No había ninguna.

»Mi padre prosiguió.

»—¡No os mováis! Al primer paso que déis, sois hombre muerto. Estas armas son excelentes, aunque no son muy modernas. No temáis nada si permanecéis quieto... No os propondré yo que os caséis con Elena. Después de lo que acaba de oír, renegaría de ella si consintiese siquiera honraros con un saludo... Lo que os propongo es sencillamente un duelo.

»—¿Sin testigos?

»—Sin testigos, en efecto. Ya comprenderéis que no he de ir á buscarlos para publicar ante ellos la deshonra de mi hija.

»—¿Y si me niego?

»—Os levanto la tapa de los sesos.

»Quise interponerme. No pensaba más que en lo salud de mi padre.

»No perdía á su adversario con la vista.

»Me separó, sin dirigirme una mirada, con un vigor que yo no hubiera nunca sospechado en aquel cuerpo tan gastado, tan debilitado por los dolores físicos y los pesares.

»Y con voz clara pronunció:

»—Si das un paso más, me mato yo.

»Retrocedí hasta la puerta.

»—Caballero—continuó, dirigiéndose á Marcelo Danglas,—démonos prisa. No os neguéis á batiros. Os concedo esa suerte.

»—Sea, acabemos.

»Mi padre le indicó la pared que había frente á él, y añadió:

»—Tiraremos cada uno las dos balas de nuestras pistolas. Creo que tendremos de sobra.

»Miré á mi amante.

»Le castañeteaban los dientes; su rostro estaba descompuesto.

»En los ojos de mi padre había, por el contrario, un rayo de alegría.

»¿Qué diferencia!

»Ya no era solamente desdén lo que el señor Danglas me inspiraba; era casi horror.

»Mi padre me hizo una seña. Me acerqué.

»—Entrégale su arma—me ordenó, dejándome la elección entre las dos pistolas.

»Yo cogí una maquinalmente y se la llevé á Marcelo, vencida por la mirada imperiosa que me dirigió mi padre.

»La distancia era apenas de seis pasos entre los dos adversarios.

»—Podéis tirar cuando queráis, caballero—ordenó mi padre con voz fuerte.—Los dos quedamos en libertad de hacerlo.

»Yo me dirigí á la puerta. No tenía ni el valor de pensar.

»De repente sonaron dos detonaciones.

»Marcelo Danglas acababa de disparar.

»Una de las balas había debido romper el brazo izquierdo á su adversario, porque colgaba á lo largo de su levita y la sangre manchaba el suelo.

»Yo no lancé un grito.

»Estaba más muerta que viva.

»Entonces he aquí lo que ocurrió:

»Mi padre se sonreía.

»No pronunció ni una palabra.

»Pero en la expresión de su rostro comprendía su pensamiento.

»Su sonrisa decía claramente al señor Danglas:

»Voy á tener el gusto de mataros y de librar á la tierra de un reptil y de un canalla como vos.

»Me da vergüenza escribirlo, mi querida Aurora.

»Mi amante—con desprecio pronunció este nombre, tan dulce cuando se ama,—mi amante temblaba como la hoja en el árbol.

»Le veía perdido; la superioridad de mi padre en tirar á las armas era reconocida en el país.

»De repente, lívido, con descompuesto rostro, Marcelo Danglas cayó de rodillas diciendo:

»—¡Piedad!

»Querida Aurora, mi corazón no puede expresar el desprecio que sentí.

»Mi padre bajó su arma, y señalándome con un gesto me dijo:

»—Ahí le tienes. Eso es lo que hacen con los hombres los cobardes que hacen con las mujeres lo que este ha hecho contigo.

»Y dirigiéndose á Marcelo, añadió:

»—Marchaos, caballero; si me sirviese de un arma contra vos, la deshonraría. No valéis la bala que os mataría.

»Aquel al que había creído amar, al que había amado quizás, obedeció, dirigiéndonos una mirada llena de hiel.

»Y salió, ó mejor dicho, huyó con la cabeza baja.

»Entonces mi padre descargó su pistola, la metió en su bolsillo, y sus ojos se fijaron en mí con una dulzura infinita.

»Yo me precipité á sus pies.

»El se bajó, é inclinado sobre mí, me abrazó cariñosamente diciéndome:

»—¡Es culpa mía! ¡Es culpa mía!

»Y separaba su brazo izquierdo para impedir que la sangre me manchase.

»—¡Estáis herido!—exclamé.—Y no me acordaba de que estáis perdiendo sangre.

»—¡No es nada!—dijo.—Vámonos de aquí.

»Bajamos á casa.

»Cuando llegamos, no tuvo más que el tiempo necesario de entrar en su alcoba, donde cayó desmayado.

»¿Qué más puedo decirte, mi querida Aurora?

»Hace dos días que velo á su lado.

»El médico, que ha venido de Vichy, asegura que se curará pronto, que la herida no es de cuidado, á menos que no sobrevengan complicaciones; es cosa de algunas semanas.

»Debiera creerlo, y estoy sumida en una ansiedad mortal.

»¡Cuántas desgracias he acarreado y qué porvenir me he preparado!

»Te dejo, porque mi padre me llama.

»Mañana te enviaré más noticias.

»Te quiere y te abraza,

»ELENA.»

VIII

Gallo de aldea.

La observación del conde de Reveillon, «A lo que parece, no pica el anzuelo», cuando Aurora y Bernardo se paseaban en el parque

bajo las miradas de los convidados del joven propietario de Aubignac, no estaba desprovista de lógica.

Las cosas no iban bien para Bernardo.

Sin mostrarse claramente recalcitrante y negar su consentimiento á aquel novio, que tenía tantos deseos de llegar al fin que se había propuesto, la joven contemporizaba, pedía tiempo para reflexionar, y al mismo tiempo que contestaba con dulzura á su pretendiente le enviaba á lo que los antiguos llamaban las «Calendas griegas».

Los Chavarux estaban desesperados.

¿Se les iría á escapar aquella dote de sesenta mil francos, y las infinitas ventajas que esperaban obtener además?

A todas las horas del día se veía á la familia reunida en la huerta ó enfrente á la puerta de la casa, ocupada en conciliábulos, en los cuales se discutían las probabilidades favorables y los medios que había que emplear para llevar el asunto á feliz término.

¡Si tan solo el interés impelía á aquellos padres á aquella conquista, al hijo no le sucedía lo mismo.

Acostumbrado á vencer fácilmente; bien acogido siempre por las muchachas de los pueblos vecinos; muy buscado por las muchachas casaderas de aquellos contornos, á causa de su aplomo y de su porvenir, se irritaba al ver la resistencia de Aurora, que urdía en su mente los más misteriosos proyectos.

¡Ah! ¡Se hacía la importante!

¡Le despreciaba!

¡Prefería á los señoritos, que desde hacía algún tiempo daban vueltas á su alrededor!